

negocios del imperio. Mientras que abatían á los godos con los germanos por medio de victorias señaladas, Zenobia conservaba á sus hijos las conquistas de su padre; mas esta princesa inclinábase en favor del judaismo, y para atraerla mas Pablo de Samosata, obispo de Antioquia, hombre vano é inquieto, persuadióla de su opinion judaica acerca de la persona de Jesucristo, la que suponía ser un puro hombre. Despues de haber disimulado por mucho tiempo la profesion de una tan nueva doctrina, fue convicto y condenado en el exilio de Antioquia. La reina Zenobia sostuvo la guerra contra Aureliano, quien no se desdenó de triunfar de una muger tan célebre. Obligado á perpetuos combates, supo conservar en su ejército la disciplina romana, é hizo ver que siguiendo las órdenes antiguas y la frugalidad que primitivamente se observaba, podíanse formar grandes ejércitos en lo interior y en lo exterior sin ser gravosos al imperio.

Por entonces empezaban los francos á hacerse temibles. Estos eran una liga formada entre los pueblos germanos que habitaban á lo largo del Rin. Su nombre da á conocer que estaban unidos por el amor á la libertad. Aureliano les habia batido siendo particular, y supo hacerse respetar de ellos cuando era emperador. A pesar de todo, un príncipe como es-

te hizo aborrecible por sus acciones sangui-
narias; su misma iracundia demasiado temida
fue causa de su muerte. Los que se creyeron
en peligro de ser víctimas de su furor se le
anticiparon, poniéndose á la cabeza de la con-
juracion su secretario amenazado por él. El
ejército, que vio perecer víctima de la cons-
piracion de tantos gefes, negóse á elegir un
emperador, temiendo poner sobre el trono á
uno de los asesinos de Aureliano; y el sena-
do, restablecido en su antiguo derecho, eli-
gió á Tácito. Este nuevo príncipe era venera-
ble por su edad y por su virtud; pero hizo
odioso por las violencias de un pariente á quien
dió el mando del ejército, y fue víctima con
él en una sedicion al sexto mes de su reina-
do. Asi fué que su elevacion solo sirvió pa-
ra precipitar el curso de su vida. Su herma-
no Floriano pretendió el imperio por derecho
de sucesion, como el mas próximo heredero;
pero no fue reconocido este derecho; Floria-
no fue asesinado, y Probo, forzado por los sol-
dados á aceptar el imperio, nó obstante que
les amenazó con que les haria vivir en orden
y bajo la mas severa disciplina, sucedió á Tá-
cito.

Bajo un tan gran capitán cedieron todas las
resistencias y cambió favorablemente la suerte
de las armas del imperio: los germanos y los
francos, que querian entrar en las Galias, fue-

ron repelidos; y así en el Oriente como en el
 280 Occidente todos los bárbaros viéronse obliga-
 dos á respetar las armas romanas. Un guer-
 rero tan respetable por su pericia aspiraba á
 la paz, é hizo esperar al imperio que no ten-
 282 dria necesidad del ejército; pero éste vengóse
 de su gefe por las esperanzas que inspiró al
 imperio y por la severa disciplina que le obli-
 gaba á guardar; mas un momento despues de
 haberse vengado, admirado de la violencia que
 ejerció sobre un tan gran príncipe, honró su
 283 memoria dándole por sucesor á Caro, que no
 era menos celoso que él de la disciplina. Este
 príncipe valeroso vengó á su predecesor, y re-
 primió á los bárbaros, á quienes la muerte de
 Probo habia envalentonado. Fuése al Oriente
 á combatir á los persas con Numeriano, su hi-
 jo segundo, y opuso á los enemigos por el la-
 do del Norte á su hijo primogénito Carino, á
 quien hizo Cesar. Esta era la segunda digni-
 dad y el grado inmediato para obtener la co-
 rona imperial. Todo el Oriente tembló ante
 Caro. La Mesopotamia se sometió; y los per-
 sas divididos no pudieron oponerle resistencia;
 pero cuando la fortuna se le manifestaba propi-
 cia, el cielo detuvo su curso hiriéndole con
 un rayo que acabó con su vida. A fuerza de
 llorarle Numeriano estuvo á pique de perder
 284 la vista; mas su suegro Aper, lejos de condo-
 lerse y compadecerse de sus males, le mató; Has-

ta este punto endurece y corrompe los cora-
 zones el deseo de reinar! Pero Diocleciano
 vengó su muerte, y llegó al fin á obtener el
 imperio que con tanto ardor habia deseado. 285
 Carino despertóse del letargo en que le tenia
 sumido su molicie, y batió á Diocleciano; pe-
 ro persiguiendo á los dispersos, fué muerto 286
 por uno de los suyos, enconado porque habia
 corrompido á su muger. De esta manera el im-
 perio se deshizo del mas violento y del mas
 perdido de todos los hombres.
 Diocleciano gobernó con teson y firmeza, pe-
 ro era de una insoportable vanidad. Para resistir
 á tantos enemigos como íbansele suscitando por
 todos lados asi en lo interior como en lo es-
 terior, nombró á Maximiano emperador asocián-
 dole á sí; pero no obstante supo conservar pa-
 ra sí la autoridad personal. Cada emperador 286
 nombró un Cesar, y Constancio Cloro y Ga- 291
 lerio fueron los elevados á esta alta dignidad.
 Apenas pudieron entre los cuatro príncipes soste-
 ner la pesada carga de tantas guerras. Diocle-
 ciano se marchó de Roma, por parecerle de- 297
 masiado libre esta ciudad, y establecióse en Ni-
 comedia, en donde se hizo adorar, siguiendo
 en esto el uso de los orientales. Los persas veni-
 dos por Galerio abandonaron sin embargo á
 los romanos grandes provincias y reinos en-
 teros. Obtenidas tan grandes ventajas, Galerio
 no quiso depender de otro, y desdeñó el nom-

bre de Cesar. Empezó por intimidar á Maximiano; y abatido el espíritu de Diocleciano por una larga enfermedad, Galerio, aunque yerno suyo, le obligó á que abdicase el imperio. Dado este paso, fue necesario que Maximiano siguiese su ejemplo.

304 De manera que el imperio vino á recaer entre las manos de Constancio Cloro y de Galerio; y á muy luego los emperadores que abdicaron nombraron por Césares á Severo y á Maximino para que quedasen ocupadas las plazas que dejaran vacantes Constancio y Galerio al subir á la dignidad imperial. Las Galias, la España y la gran Bretaña fueron bajo Constancio Cloro por cortísimo tiempo felices: enemigo de las exacciones y acusado por esto de que arruinaba el fisco, hizo ver que él poseia tesoros inmensos siendo dueño del corazon de sus súbditos. El resto del imperio sufría mucho bajo el mando de tantos emperadores y Césares: los oficiales se multiplicaban con los príncipes, y los gastos y las exacciones eran infinitas creciendo en la misma proporcion. El jóven Constantino, hijo de Constancio Cloro, íbase haciendo ilustre; hallábase entre las manos de Galerio, quien envidioso de su gloria esponíale á cada instante á nuevos peligros: estaba obligado á combatir á las fieras por una especie de juego: pero Galerio no era menos temible que ellas. Al fin Constantino pudo es-

caparse de entre sus manos; mas encontró á su padre espirando. Por aquel tiempo Majencio, hijo de Maximiano, y yerno de Galerio, hízose proclamar emperador en Roma con desprecio de la autoridad de su suegro, de donde nacieron discordias civiles que vinieron á aumentar los otros males que pesaban ya sobre el estado. El retrato de Constantino, que acababa de suceder á su padre, fue llevado á Roma segun costumbre; pero Majencio dió orden para que no se le admitiese. El recibimiento de la imágen de los emperadores era la forma ordinaria que se usaba para reconocer á los nuevos príncipes. Con este suceso preparábase á la guerra por todas partes. El Cesar Severo, á quien Galerio envió contra Majencio, hízole temblar en Roma, y aterrado mandó llamar á su padre Maximiano para darse un apoyo y que le prestase auxilio. El ambicioso anciano dejó su retiro, á donde se hallaba bien á su pesar, é hizo diligencias, aunque en vano, para persuadir á Diocleciano, su cólega, que abandonase el suyo, es decir el jardin que cultivaba en Salona, á donde se retirara al abdicar la dignidad imperial. A nombre de Maximiano, emperador por segunda vez, los soldados abandonaron á Severo, á quien hizo matar el viejo emperador, dando al mismo tiempo á Constantino por esposa á su hija Fausta para apoyarse así contra Galerio. Tambien le

era necesario un sosten á Galerio despues de la muerte de Severo; y fue lo que le hizo resolverse á nombrar á Licinio emperador; pero esta eleccion picó á Maximino, quien, siendo Cesar, creíase mas próximo á obtener este supremo honor. Nada pudo persuadirle á que se sometiese á Licinio; por lo que tomó el partido de hacerse independiente en el Oriente, cuya resolución dejó limitada á Galerio á no poseer mas que la Iliria, á donde se retiró despues de haber sido espulsado de la Italia.

El resto del Occidente obedecia á Maximiano, á su hijo Majencio y á su yerno Constantino; pero sin embargo no le agradaba á Maximiano tener compañero ninguno en el imperio, por lo que sus hijos no le eran menos incómodos que si fuesen estraños. Procuró, por tanto, espulsar de Roma á Majencio, á quien, en efecto, espulsó él mismo. Constantino, que le recibió en las Galias, no le encontró menos pérfido: porque despues de diversos atentados, Maximiano formó un último complot, fiado en haber comprometido á su hija Fausta, para des-
310 hacerse de su marido. Ella supo enganarle; y Maximiano que pensaba haber asesinado á Constantino, habiendo asesinado al eunuco que Fausta puso en su lecho en lugar de su marido, vióse obligado á darse á sí mismo la muerte. Enciéndose una nueva guerra; y Majencio, bajo pretexto de vengar á su padre, declaróse con-

tra Constantino, que marchó á Roma con sus tropas. Al mismo tiempo hizo echar abajo las estatuas de Maximiano y las de Diocleciano. Con esto perturbóse el reposo de Diocleciano ofendido con este desprecio, y murió á poco tiempo despues agoviado no solo por el peso de los años, sino por la pesadumbre que le causaron los actos de Majencio.

Por aquellos tiempos Roma, enemiga siempre del cristianismo, hizo el último esfuerzo para abolirle, lo que sirvió cabalmente para acabarle de establecer. Galerio, señalado por los historiadores como el autor de la última persecucion, obligó á Diocleciano, dos años
antes de abdicar el imperio, á promulgar aquel
302 sangriento edicto por el que se ordenaba perseguir á los cristianos con mas violencia que nunca. Maximiano, que los aborrecia, y no habia cesado nunca de atormentarlos, animaba á los magistrados y á los verdugos para que se encruelciesen contra ellos; pero su violencia, por estremada que fuese, no llegaba á la de Maximino y de Galerio. Todos los dias inventábanse nuevos suplicios y torturas: el pudor de las vírgenes cristianas no era menos
atacado que su fé; hacíanse las mas esquisitas pesquisas para descubrir los libros sagrados y abolir hasta su memoria, y eran tales y tantas que los cristianos ni aun se atrevian á guardarlos en sus casas, ni aun casi á leerlos: de

modo que, después de trescientos años de persecucion, en vez de aplacarse la sed de venganza de los perseguidores, era mas ardiente y rabiosa. Mas los cristianos llegaron á cansarles con su resignacion y paciencia. Los pueblos, edificados y movidos de su santa vida, convertíanse en tropel al cristianismo; y Galerio desesperó de poderlos vencer; hasta que herido de una enfermedad extraordinaria, re-

311 vocó sus edictos, y tuvo la misma muerte que Antioco, á quien imitó tambien en su falsa penitencia. Maximino continuó la persecucion; pero el gran Constantino, príncipe sabio y vic-

312 torioso, abrazó públicamente el cristianismo.

UNDECIMA ÉPOCA.

Constantino, ó la paz de la Iglesia.

Esta célebre declaracion de Constantino sucedió en el año 312 de nuestro Señor. Mientras que aquel príncipe sitiaba á Majencio en Roma, una cruz luminosa se le apareció en el aire delante de todo el ejército, con una inscripcion que le prometia la victoria: esto mismo fué confirmado en un sueño. Al dia siguiente ganó aquella célebre batalla por la que Roma libertóse del yugo de un tirano, y la Iglesia de un perseguidor. Presentóse la cruz como una enseña de la defensa del pueblo romano y de todo el imperio: Poco tiempo después Maximino fué vencido por Licinio, de acuerdo con

313 Constantino, y tuvo un fin semejante al que tuvo Galerio. La paz fué dada á la Iglesia, y Constantino la colmó de honores. Siguióle la victoria por todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos tanto por él como por sus hijos. Sin embargo, Licinio se indisponde con él y renue-

315 va la persecucion; mas batido por mar y por tierra, vióse obligado á dejar el imperio y á

324 perder por último la vida.

Por este mismo tiempo Constantino reunió en Nicea, en la Bitinia, el primer concilio general, en donde trescientos diez y ocho obispos, que representaban toda la Iglesia, condenaron